

N. 9 - 15 mayo 2009

Últimas puestas al día www.paoline.org

NOTICIAS

Peru: Lima - Semana de oración por las vocaciones (13-05-2009)



Paulinas y Misioneros de los Santos Apóstoles organizaron juntos una Semana de oración por las vocaciones, a partir del 27 de abril al 3 de mayo de 2009. Dicha iniciativa se abrió con un convenio sobre *La vocación y los jóvenes según "Aparecida"*, realizado en la sala "San Pablo" de la Librería Paulinas de Lima.

Relatores: el padre José Espinoza, quien habló de la realidad de los jóvenes de hoy y de sus desafíos; el Padre José Humberto msa, que trató el tema de la vocación; el Padre Carlo Castillo quien profundizó la opción para los jóvenes según "Aparecida", ilustrando el método "observar, guiar y realizar" (también título, de su reciente libro).

En los otros días de la Semana, en el Santuario de la Santísima Trinidad, denominado "Santuario nacional de oración por las vocaciones", se presentaron temas seguidos de testimonios vocacionales. Con la adoración continua y la solemne Celebración Eucarística concluyó el 3 de mayo esta bellísima experiencia, que contó con la participación de numerosas personas.

Philippines: Un Mes Paulino con las jóvenes en formación de las Hijas de San Pablo (12-05-2009)



Impulsadas por el deseo de vivir más intensamente el espíritu paulino durante el año dedicado a san Pablo, y de hacer conocer al gran Apóstol de los gentiles y al mayor número posible de personas, un grupo de 30 jóvenes en formación de las Hijas de San Pablo dieron vida a un Mes Paulino sobre el tema *Hasta que Cristo sea formado en ustedes* (Gal 4,19). El Mes inició con una misión de dos semanas en dos pequeñas ciudades de la provincia de Quizon: Pitogo y Calauag.

Visitas a las familias, lecturas de profundización de la Biblia, catequesis de adultos y niños y presentación de libros fueron algunas de las muchas iniciativas organizadas desde el 15 al 30 de abril de 2009. El momento central de la misión fue el *Festival de las familias*, en la que se dedicó un amplio espacio a la educación del lenguaje de los media.

Al regresar a Manila el 1º de mayo, las jóvenes paulinas quedaron para una peregrinación a las iglesias designadas para el jubileo, viajando al día siguiente a Olongapo para animar la Jornada mundial de las vocaciones, a la que participaron más de 400 personas. Las jóvenes guiaron los cantos, coordinando pequeños grupos de escucha y ofrecieron testimonios vocacionales.

Brazil: Fortaleza – Hasta el final cerca de los enfermos (11-05-2009)



El pasado 28 de abril, la sociedad aseguradora sanitaria, Fortaleza Unimed, organizó una interesante mesa redonda de oncología que tuvo como principal orador al Padre Leo Passini, Camiliano, teólogo moral y experto de bioética, autor de muchos libros publicados por Ediciones Paulinas y de muchos artículos salidos en la revista Familia Cristiana.

A la jornada de estudio participaron aproximadamente 70 agentes sanitarios, entre los cuales médicos y dirigentes hospitalarios.

El encuentro – enriquecido por la librería Paulina que presentó algunos libros de los autores que intervinieron en la mesa redonda – fue animado por un interesante debate sobre los tratamientos paliativos para enfermos terminales. Hay que subrayar la "pasión" puesta por el padre Passini al afirmar la importancia de la formación del personal sanitario, que debe garantizar una buena calidad de vida a los pacientes y a sus familias, en particular en los casos de enfermos crónicos y oncológicos.

El trabajo realizado por Fortaleza Unimed, para la formación de sus dependientes fue muy apreciado por el sacerdote. Elogiando la atención que se pone en la cura del paciente desde el punto de vista biológico, social y espiritual, el padre reafirmó la importancia de tal acercamiento, sobre todo en las fases terminales de la enfermedad, cuando se hace necesaria una mayor atención respecto a los aspectos humanos y espirituales del paciente.

Ecuador: Otavalo – Experiencia misionera de las Postulantes (07-05-2009)



Las Postulantes de la Provincia colombiana, que se preparan para ser Hijas de San Pablo vivieron una fuerte experiencia en tierra ecuatoriana, en San Pablo del Lago (Otavalo), a una altitud de 2.660 m. sobre el nivel del mar. Visitaron dos parroquias, acogidas con afecto por parte del párroco, Padre Nelson García, y de la población indígena totalmente dedicada a la agricultura y amante de la 'madre tierra', hacia la cual conserva gratitud por cuanto esta sufre, aún esperando una vida mejor. Al llegar al lugar el domingo de Ramos las jóvenes postulantes vivieron su experiencia misionera con particular intensidad justamente en la Semana Santa. Esto les permitió comprender mejor la cultura, las costumbres de la gente y de participar, compartiendo los sufrimientos, por una tragedia imprevista. De hecho, un deslizamiento de lodo, había dejado sin techo a unas cincuenta personas, causando un muerto. También ellas, junto a la comunidad, se pusieron con palas a ayudar con espíritu de fraternidad y de solidaridad. Su permanencia en la zona, la participación en las fatigas y la oración suscitaron y dieron valentía. Pudieron admirar la fuerza de ánimo y la capacidad de entrega presente en todos, y vivir de modo diverso, pero humana y espiritualmente muy eficaz el viernes santo. Desde los cantos en Quechua y la típica participación de la gente a las funciones, evidenció que para ellos la Pascua es el símbolo de la necesidad de aceptar la voluntad de Dios y confiarse a Él para poder vivir la experiencia del dar y recibir el perdón.

Esta misión tan llena de eventos estimuló a las jóvenes hermanas a superar los propios límites, a enfrentar los desafíos y las dificultades de la vida con nuevo estilo y renovada pasión por Cristo y por la humanidad, tras las huellas del apóstol Pablo.

India: Vasai – Un drama teatral sobre San Pablo (06-05-2009)



El Año Paulino está llegando a su conclusión; no así la creatividad, la ingeniosidad, el entusiasmo y el deseo de encarnación en el territorio de las Hijas de San Pablo allí donde se encuentran. Un testimonio interesante llega de Vasai, una de las muchas metrópolis de India. Las hermanas de esa comunidad escriben: "El 25 de abril de 2009 será un día escrito en letras rojas no sólo para las Paulinas de Vasai, sino también para todas las FSP de la Provincia Indiana, en este año dedicado a san Pablo".

En efecto, con valentía, dedicación y auténtico espíritu misionero escribieron en Marathi, la lengua de ese Estado, una composición teatral en dos actos titulado: "Parivartan Shaulacha" o "Conversión de san Pablo". Con la ayuda de varios laicos de la parroquia y la colaboración de artistas calificados organizaron la representación, desarrollada según el estilo propio del teatro con palabras, sonidos y luces. El protagonista, al que se le confió la representación del rol de Pablo, supo hacerlo con intensa participación, así como los demás personajes del drama. Éste será representado también en otras parroquias de Vasai y después también en Mumbai.

La iniciativa, además de hacer conocer la figura y la acción de Pablo, su amor a Cristo y Cristo Crucificado y su pasión en la acción apostólica, se lo reconoció ser un instrumento útil de animación vocacional.

Italy: Albano - Peregrinatio Pauli en el Hospital Regina Apostolorum (04-05-2009)



La Peregrinatio Pauli en el Hospital Regina Apostolorum coincide con la Semana de preparación a la 46a Jornada mundial de oración por las Vocaciones (27 abril-3 mayo) y también con la Muestra itinerante sobre san Pablo (1-8 maggio).

La Peregrinatio Pauli se lleva a cabo con un programa apropiado a los horarios de la realidad hospitalaria. Se dirigió la invitación de participación al personal, a los pacientes y a los visitantes. El icono del apóstol Pablo queda en la Capilla y "peregrina" en los pasillos, llevado por dos religiosas del grupo de la pastoral sanitaria, acompañado por el Capellán, por la comunidad de las hermanas y por los pacientes.

La Peregrinatio inició solemnemente, entre cantos y oraciones, lecturas bíblicas y textos del venerado Fundador de la Familia Paulina, Beato Santiago Alberione; desde la Capilla hasta la entrada del Hospital, con retorno a la Capilla para la solemne celebración de la Misa votiva en honor de san Pablo.

Durante la homilía se sintió a “Pablo vivo”, mediante la fuerza de la Palabra que él mismo proclamó en el mundo entero.

Con su visita Pablo estimula a todos al conocimiento y al amor de Cristo, y a la imitación de su caridad apostólica: “Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo”(1Cor 11,1). De reparto en reparto, Pablo expande *el perfume de Cristo* (2Cor 2,14-15). Su icono, recibido en los distintos repartos del Hospital y en la Enfermería san Rafael de la comunidad Regina Apostolorum, deja paz, consuelo, luz y fuerza espiritual, para vivir la realidad personal de sufrimiento y de cura. En la Capilla cada uno puede quedar para un coloquio individual e íntimo con Pablo, escuchar su Palabra y asimilarla, porque *cuando soy débil, es entonces cuando soy fuerte* (2Cor 12,10).

BANCO DE DATOS

Sección Comunicación

La comunidad paulina: una comunidad de comunicadoras (Parte II - Sor M. Agnes Quaglini, fsp)

SUMARIO

III. Una comunidad que acoge la Palabra

IV. Una comunidad que se hace Palabra viviente

V. Una comunidad enviada por la Palabra

III. UNA COMUNIDAD QUE ACOGE LA PALABRA

1. Palabra y obediencia de la fe

“A Dios que se reveló, se debe la obediencia de la fe”. De esta manera la *“Dei Verbum”* (n. 5) nos invita a la escucha y a la acogida amorosa y filial de la Palabra de Dios. La escucha y la adhesión de la fe son condiciones indispensables para entrar en la familia de Dios y abrimos a la comunicación con él, entre nosotros y con el mundo.

Los Hechos de los Apóstoles, transmitiéndonos las actitudes fundamentales de la primera comunidad cristiana, dan el primado a las enseñanzas de los Apóstoles. (He 1,14). Los creyentes están unidos unos a otros porque comparten el mismo Evangelio que acogen con fe amorosa, participan juntos a la Cena y dan testimonio de la Resurrección del Señor Jesús (cf. Hechos 4,33). Estas son las componentes que caracterizan a toda comunidad y deben ser vividas de manera más radical por la comunidad religiosa.

La comunidad paulina, como hemos dicho, tiene una íntima relación con la Palabra de Dios, y esto tanto en el culto como en la contemplación, en el discernimiento, en el estudio y en la búsqueda en común, en el testimonio y en el apostolado.

Las primeras comunidades encontraron en la Palabra el manantial para apagar la sed y para descubrir el sentido de sus vidas y de la experiencia misionera. En esto, Pablo es maestro insuperable; a su ejemplo debe modelarse el compromiso de la comunidad paulina para ser discípula del Señor.

2. La palabra nos interpela

En Pablo, la Palabra es el anuncio de Cristo a todos, pero anuncio interiorizado, para que transforme la vida. La Palabra de Dios, de hecho, nos juzga. Juan lo dice claramente: “El que me rechaza y no acepta mi doctrina ya tiene quien lo juzgue; la doctrina que yo he enseñado lo condenará en el último día” (Jn 12,48).

La escucha que no cala en profundidad no es suficiente; es necesario dejarse plasmar por la Palabra. “Si alguno me ama, observará mi Palabra... (Jn 14,23).

La observancia de la Palabra es fidelidad al Señor de nuestra vida, que nos ha elegido, convocado y consagrado para una misión, pero también es fidelidad a la revelación de Dios en la historia personal y en la historia viva de la comunidad. Una fidelidad que no se agota en una observancia casi

repetitiva de normas y preceptos, sino que nos lleva a redescubrir el sentido que éstas asumen en la continua novedad del Espíritu.

El juicio de Dios nos hace discernir con la comunidad la hora presente, nos dispone a la auténtica libertad, a la espontaneidad creadora, a la fortaleza y a la perseverancia; convierte a la comunidad en el lugar del amor fraterno, del estímulo vital, del perdón recíproco, de la alegría y de la esperanza activa.

3. La Palabra nos llama a una conversión continua

La conversión en la Biblia, frecuentemente es vista como un regreso a la comunidad y a la alianza o como “metanoia”, cambio de vida por el Reino. “Conviértanse” es la invitación de Pedro a la comunidad cristiana, reunida para escuchar su discurso, el día de Pentecostés. Para Pablo es el evento de Damasco el que da inicio a un proceso de conversión y configuración con Cristo, hasta la plena identificación. Para la comunidad religiosa y para el apóstol, la conversión es un paso ineludible.

En la *“Evangelii Nuntiandi”*, Paolo VI afirma que la comunidad de los creyentes “tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor”. Siempre tiene necesidad de “ser evangelizada, convertida al Señor... para conservar su lozanía, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio” (cf. EN 15).

Nuestro fundador nos ha dejado la tarea de “caminar en continua conversión”. La conversión es ir al encuentro de Cristo, es adhesión a él, es abandono en la potencia de su Espíritu, para una creciente experiencia de Dios, tanto a nivel personal como comunitario.

La comunidad se desarrolla entre el ya y el todavía no; lleva en sí la exigencia de una continua conversión, por la experiencia de los propios pecados; lleva también en sí las instancias, los sufrimientos, las expectativas de liberación del hombre de su tiempo, para asumirlas, hacerse voz, imploración y transformarlas bajo la acción del Espíritu.

La comunidad paulina comunica, hace visible a Cristo, viviendo un proceso continuo de conversión y de reconciliación, que se expresa en el exilio de vida, en los motivos de las propias opciones, en el proyecto comunitario y apostólico. Liberándose a sí misma de toda esclavitud, se convierte en signo de liberación para los demás, denuncia permanente de toda “idolatría” que impide tener a Cristo como a único Señor” (cf. Ef 4,5).

4. La Palabra nos introduce en el Misterio Pascual

La comunidad, para alcanzar eficazmente la reconciliación y la comunión, debe participar al Misterio Pascual de su Señor. Debe reconocer la fuerza modeladora, disponerse a dejarla obrar en cada persona y en la comunidad, a aceptar las condiciones y las implicancias de este evento único y revolucionario que es la Pascua introducida en el tiempo.

La Palabra de Dios nos introduce en este misterio de muerte y resurrección, tal como a los discípulos de Emaús. Ellos se han encontrado con el Señor al partir el pan, a través de la comunicación con Cristo Palabra viviente.

El acontecimiento pascual está en el centro de la Palabra. Ella afirma que la relación entre Jesús y sus discípulos está plasmada por la relación que él tiene con el Padre: “El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él” (Jn 6,56). Es la misma vida trinitaria que, a través del misterio pascual, se vuelca sobre la humanidad, para llamarla y admitirla a la comunión consigo, en un proceso comunicativo que involucra toda la vida, hasta el final.

Comunidad pascual

La comunidad no nace de ideas y proyectos humanos a realizar juntas, sino del acontecimiento pascual. Se construye continuamente sometiéndose a la dinámica de muerte, de purificación y de crecimiento, de ser verdadera, libre y creativa, depositando los residuos del adolescente que ha quedado dentro de nosotros, para lograr la estatura de Cristo.

La caridad fraterna es el clima en el cual la Palabra se hace carne, en el cual juntas partimos el pan, vivimos la oración en el seguimiento del Señor y dilatamos cada día los horizontes de nuestra pasión apostólica.

Saber dar la vida

Participando a la Eucaristía, memorial de la Pascua del Señor, nos ofrecemos con Cristo por la salvación del mundo, participamos a su muerte, poniendo en sus manos toda nuestra existencia, con un amor que la hace fecunda.

Este mismo amor nos hace capaces de atención a los más débiles, a los que sufren, a los pobres, siempre presentes dentro y fuera de la comunidad, y nos hace aceptar serenamente los sacrificios requeridos para vivir en comunión.

En la convivencia cotidiana, dar la vida, asume a veces configuraciones tal vez ilógicas y poco comprensibles. Pero la calidad de la vida comunitaria se mide también según el modo de vivir los conflictos, con corazón siempre abierto a la reconciliación y a la escucha, capaces de recomenzar juntas cada día. Sabiendo “perder la propia vida para recuperarla” (cf. Mc 8,35; Mt 16,25), se experimenta el misterio de muerte y resurrección de la Pascua.

En el desierto y en las alegrías de la comunión fraterna se construye cada día en nosotros el hombre nuevo, la mujer nueva, para lograr ser presencia de resurrección.

5. La Palabra nos abre a la comunicación con Dios

La Palabra es una fuerza dinámica y eficaz. Ella da vida a la comunidad y la fortalece, encarnándola siempre de manera nueva en los ritmos de sus días.

En el carisma paulino la comunidad encuentra la manera totalmente suya de concentrar y servir a la Palabra, de dejarse envolver por su misterio en una comunicación más profunda, con un modo propio de ponerse en relación con Dios, de comunicar con él, con las hermanas y con el mundo.

La oración se alimenta en la Palabra

La oración de la comunidad paulina es una oración que se alimenta y es substanciada por la Palabra. En la comunidad, cada una personalmente y junto a las hermanas, se hace capaz de una escucha orante de la Palabra de Dios, la ora en los Salmos, la medita asiduamente cada día, confronta con ella su vida, su modo de responder a la llamada de Dios en el hoy de la historia. En la Palabra y en la Eucaristía busca la luz y la fuerza para crecer desde dentro, como comunidad de fe, a la escuela del Maestro, y para decir al mundo la Palabra específica de su carisma.

Su oración se hace *alabanza y agradecimiento*, por las maravillas obradas por Dios en la comunidad y a través de ella y en toda la Iglesia: se hace *reparación*, por las infidelidades propias y de todos los hombres y mujeres que no escuchan la Palabra; se hace *adoración*, en nombre de toda la Iglesia; se hace *invocación*, convirtiéndose en eco de las necesidades de cada hermana y de toda la humanidad, pero al mismo tiempo, de las heridas, los intentos, las inseguridades, las agonías y las esperanzas de los hombres.

La oración apostólica

En la oración la comunidad descubre la fuerza de co-participar en los sufrimientos del mundo, de comprometerse con el propio apostolado a sembrar en el corazón de la humanidad la fuerza liberadora y gozosa de la Pascua.

En la oración apostólica la comunidad se interroga: “¿dónde va esta humanidad?”, y hace concretamente presente a los destinatarios de su misión. Se desarrolla así una especie de movimiento cíclico, una interacción dinámica entre oración y actividad apostólica, de tal forma, que una enriquece a la otra, y donde cada una es expresión de la unión con Cristo y de la disponibilidad a dejarse usar según su voluntad, por el bien de los demás.

La oración paulina, en todas sus formas, está en armonía con la vocación específica. Es incompatible, por tanto, un ritmo de oración común, casi de tipo monástico, que no favorece el desenvolvimiento de las diversas tareas apostólicas.

La oración apostólica debe estar radicada en el corazón vivo de la persona que ha sido afeerrada por Cristo. Ella debe llevar esta convicción hasta los rincones más remotos de su existencia, con una actitud serena que se alimenta y crece a través de las tareas diarias y de la reciproca presencia de las hermanas. La vida se convierte así en una continua liturgia que vuelve constantemente a alimentarse en las dos Mesas.

La comunidad orante, con la Palabra y frente a la Palabra, se conviene en signo de fidelidad a su ministerio, pero también signo de la imposibilidad de acogerlo hasta el fondo; su paciente estar sobre la Palabra y el interrogarla siempre de nuevo, muestra la presencia de Dios en la Palabra, pero también, que Él está mucho más allá.

Nuestro orar, de hecho, es siempre un balbucear, no obstante el esfuerzo de entrar en una comunicación verdadera, para llegar a una auténtica oración comunitaria. Muy a menudo verbaliza-

mos nuestra oración, nos limitamos a darle una mayor forma, pero no logramos interiorizar la Palabra y a intercomunicar la experiencia de Dios que ella debería suscitar. A menudo no somos ni siquiera capaces de vivir el silencio de la oración, como momento de contemplación de la Palabra y del misterio que nos comunica.

Para proclamar eficazmente el misterio de la Palabra es necesario crecer constantemente en el conocimiento del misterio que encierra, con una actitud contemplativa, con una sincera apertura a su capacidad de transformarnos, dejándonos conducir por el Espíritu, con la docilidad de María, que ha acogido la Palabra, la ha meditado en su corazón, la ha revestido de su carne virginal, para presentarla a la humanidad, y ha orado con los Apóstoles para que la Palabra transforme el mundo.

IV. UNA COMUNIDAD QUE SE HACE PALABRA VIVIENTE

1. Signo comunicante en la Iglesia

La comunidad paulina es una comunidad nacida de lo alto, para convertirse en signo comunicante en la Iglesia.

Ser "signo comunicante", como nos pide nuestro carisma específico, significa convertirse en "Palabra viviente", teología narrativa del Evangelio, con la fuerza de nuestra vida hecha transparencia de Cristo. La comunidad paulina, en su ser, en su vivir y en su ir más allá, está llamada a manifestar el rostro, el misterio mismo de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, Palabra eterna y definitiva para todos los creyentes.

2. Comunidad transparente de Cristo

"El que me ama - leemos en el Evangelio de Juan - guardará mi doctrina, mi Padre lo amará y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él" (14,23). Es una revelación estupenda descubrir que somos objeto del amor de Dios, a tal punto que él se hace huésped de nuestra casa de hombres y mujeres, sin desdeñar nuestra pobreza.

Si Dios mora en nosotras, la fuerza de su Palabra no puede no expresar su presencia en nuestra comunidad y hacerla transparencia de Cristo resucitado, que nos ha reconciliado consigo mismo y nos reconcilia continuamente entre nosotras y con el mundo al cual estamos enviadas. En la riqueza de su nombre nos hacemos capaces de realizar obras maravillosas.

San Pablo define la existencia de la joven Iglesia como un "ser en Cristo, ser "criatura nueva" en él y por él vivificados, llevados a su Reino de paz y de unidad.

Como discípulas del Señor, a la escuela de Pablo, debemos manifestar que Cristo es el verdadero Señor de nuestra vida, hasta poder decir con Pablo: "Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí" (Gál 2,20).

Los consejos evangélicos, vividos según el espíritu original de la comunidad paulina, la confrontación constante con nuestras Constituciones, nos permitirán expresar con la vida, la riqueza de la Palabra de Dios que está en el origen de nuestro carisma, y de transparentar el misterio de Cristo con nuestro específico modo de configurarnos a él, para convertirnos en signo comunicante en la Iglesia. Esto comporta conservar y desarrollar las notas esenciales del carisma: apertura a la Palabra de Dios en la historia, vigor, impulso, espontaneidad creativa y dinámica, libertad y audacia apostólica, comunicación total y con las diversas tecnologías de la comunicación, para que Cristo sea todo en todos.

3. Nuestro vivir juntas

Seguir a Cristo comporta vivir con él y con los que ha llamado con la misma Palabra. "Llamó a los que quiso - nos recuerda Marcos - y ellos se acercaron a él. Y designó a doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (3,13-14).

Cristo es el centro vivo de la comunidad. Él es la relación, la comunicación y la unión entre los varios miembros de la comunidad. Es él quien une, sin uniformar, respetando la índole y los dones de cada uno. Si permanecemos con él, en nuestra comunidad se crea el clima de familia, en el cual cada una vive con alegría el estar juntas y participa activamente en la vida comunitaria y en el apostolado.

La comunión fraterna expresa sacramentalmente y en el modo más completo, la comunión con Cristo; es el testimonio supremo que puede dar la vida religiosa y su palabra más clara de evangelización.

Los principios sobre los cuales se apoya la vida comunitaria son los de la vocación común, la identidad de consagración o configuración a Cristo, en un determinado aspecto de su ministerio, la misión que tenemos que realizar juntas en la Iglesia, el mismo proyecto de vida evangélica, la conciencia o sentido de pertenencia al mismo instituto y a la Familia Paulina, y la coordinación de las fuerzas, para el logro de la finalidad apostólica.

La misión exige una disponibilidad total de los miembros de la comunidad, con el empeño de todas las fuerzas, de las aspiraciones, de los dones y de los carismas personales. Todo esto no impide la pluralidad de expresión, que no limita, sino enriquece la vida comunitaria y el apostolado.

Las bases de la vida fraterna

La comunión fraterna se fundamenta indudablemente sobre bases humanas, necesarias para integrarse a nivel de relación y comunicación. La sociabilidad, el aprecio recíproco, el respeto de la verdad, la atención al otro, la acogida de lo diverso, la madurez afectiva. Exige además, la convicción de la propia identidad: ¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos? ¿Para qué estamos en la Iglesia?

Esta convicción debe guiarnos a buscar en la vida común lo que verdaderamente es esencial, sin derrochar energías en cosas secundarias; a conservar la fuerza del propio carisma; a vivir los elementos, los valores de la vida consagrada con sencillez, sin multiplicación de reglas y leyes que impiden la expresión auténtica y, a menudo, entorpecen el desarrollo de la misión.

Una comunidad de personas libres y propositivas, realmente comprometidas en el servicio apostólico, debe dejar espacios de libertad. Sin dejar de lado el sentido comunitario y las exigencias de encuentro y co-participación, no pueden ser rígidos en el horario y en los programas, en las presiones de conformismo y comunitarismo.

Todo esto exige una formación a la libertad y a la ascesis; pero es condición indispensable para llegar a ser adultos y para que toda la comunidad crezca y llegue a ser capaz de atraer a los jóvenes de hoy, deseosas de ser responsables y protagonistas de sus vidas.

La participación y la colaboración

La auténtica vida comunitaria exige no tanto el estar juntas, sino el estar unidas, el hacer comunión, el compartir, lo que se es y se tiene, con sentido de co-responsabilidad y de co-participación, y el aceptar las mediaciones a distintos niveles.

La participación lleva a tomar parte activa en la vida de comunidad, a programar juntas el apostolado; exige, por tanto, información, comunicación, diálogo, colaboración. Participar significa, de hecho, ser involucradas y dejarse involucrar en el proceso de decisión e implicadas en los resultados obtenidos, sin quedar como un engranaje anónimo, sin iniciativa.

En la koinonia

La intercomunicación hace que cada una participe, se realice y ayude a las demás a realizarse. De esta forma la comunidad crece. No solamente la comunidad humana, sino también la comunidad de fe, de esperanza, de experiencia de Dios, y de ahí, una comunidad de comunicación de todos los bienes, en el amor y en la amistad. Una comunidad a semejanza de la trinitaria, que es koinonia infinita. "Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10,30).

La Trinidad es el principio, el modelo, la garantía de toda verdadera comunidad, que se hace lugar ideal de todas las comunicaciones humanas y sobrenaturales. Comunidad que madura personalidades verdaderas, capaces de relaciones profundas y evangélicas, de amor adulto y fraterno, abiertas al pluralismo, a la colaboración con todos; comunidades en las que cada una se siente realmente hermana de las otras, en un intercambio recíproco de respeto, educación, comprensión, confianza, calor humano; en el don de la escucha, del tiempo; en la participación a los sufrimientos y a las alegrías; en el hablar con sinceridad y conservando el secreto; sin juzgar las intenciones, en la disponibilidad al servicio fraterno y en la capacidad de perdón.

La comunidad no está compuesta por personas perfectas, sino por hermanas que han hecho la sorprendente experiencia de la misericordia de Dios. Justamente por esto se aceptan unas a otras con sus propios límites, asumen sobre sus espaldas el peso y el pecado de las demás, para comenzar de nuevo, cada día, a construir comunión y aprender a vivirla, para poderla transmitir en un lenguaje comprensible y creíble.

4. Nuestro crecer e ir más allá

La dinámica de la vida comunitaria se desarrolla bajo la acción del Espíritu que la unifica y le dona una permanente juventud. Por el Espíritu, es solicitada a dejarse engendrar siempre por la Palabra que arde, libera progresivamente, recrea e impulsa hacia un “más” y un “todavía no”.

“Si vivimos por el Espíritu, dejémonos conducir por el Espíritu” (Gál 5,25).

La comunidad paulina crece, día tras día, en un estilo de vida que la hace, con todo su ser, comunidad comunicante, anuncio total, transparencia del mensaje que lleva al mundo. En la comunidad todo se convierte en expresión de la Iglesia, comunicación del misterio de Cristo. Así como Jesucristo es la “Palabra” en sentido absoluto, la “palabra que se hace carne”, así la comunidad fiel al Espíritu se hace “comunicación total”, no solamente porque entra en los sistemas modernos de comunicación, sino porque se hace ella misma “comunicación”, signo eficaz de su carisma de especial evangelización en la Iglesia.

Lanzándonos hacia adelante

Transmitiéndonos su experiencia espiritual, Pablo, conquistado por Cristo hasta configurarse en El, reconoce no haber alcanzado aún la plenitud de la fe, la perfección y pronuncia esa expresión admirable, tan llena de vitalidad: “Corro tras la perfección con la pretensión de darle alcance, por cuanto yo mismo, fui alcanzado por Cristo Jesús... De cualquier modo, en lameta que hubiéramos alcanzado perseveremos firmes” (Fil 3,12-16).

Nuestro fundador se ha inspirado en esta palabra de Pablo, para transmitirnos toda la dinámica de crecimiento, expresado con el ya clásico “me lanzo hacia adelante”, que supone indudablemente el compromiso personal y convergente de toda la comunidad, pero sobre todo necesita un permanecer constante bajo el influjo del Espíritu.

En la novedad del Espíritu

Nuestra comunidad, justamente por ser una realidad carismática, nacida de lo alto, debe dejarse animar por el Espíritu. “No se le puede contristar al Espíritu” (Ef 4,20), no se le puede poner resistencia, no se puede apagar el Espíritu” (1 Tes 5,19).

El Espíritu hace a la comunidad como la “casa viviente de Dios”. Ya lo es de por sí, por el simple hecho de existir; con su presencia, es Palabra para toda la Iglesia. Con la fuerza de su carisma, en su dinámica de crecimiento, de apertura al futuro de Dios, es experiencia pascual, que continuamente se renueva y nos transmite la novedad de Dios.

En esta apertura la comunidad se convierte en el lugar de la *formación continua*, donde juntas se redescubre o se recupera la propia identidad, a través del proceso comunicativo de co-participación del don recibido, la palabra del carisma, el cual debe crecer y actualizarse con el aporte de todas.

A través de los encuentros comunitarios, del diálogo, de las varias formas de comunicación, como el hacer memoria de la presencia de Dios en la propia historia, la condisión de la Palabra, la revisión de vida, la evaluación, la corrección fraterna, el discernimiento, el proyecto comunitario y apostólico, la comunidad traduce en modo comprensible la propia experiencia espiritual, vive la fidelidad al proyecto de Dios y se hace capaz de mediar la comunicación con Él y testimoniar la verdadera juventud del Espíritu. Se convierte en una comunidad toda vocacional con una fuerza de atracción que transparenta a través de la alegría de redescubrir juntas, cada día, la propia fidelidad a la Palabra.

La gracia del Espíritu no soporta lentitudes (San Ambrosio).

El nos impulsa siempre más allá, conduciéndonos hacia donde él quiere, para caminar en novedad de vida sobre los nuevos recorridos de la historia de los hombres, para llegar a ser comunidad, Iglesia totalmente comunicante.

Con el estilo de vida, con las relaciones personales y sociales, con el modo de vivir y compartir nuestra espiritualidad y el apostolado, nos hacemos también nosotras “Palabra hecha carne” para la salvación del mundo.

V. UNA COMUNIDAD ENVIADA POR LA PALABRA

La comunidad paulina es depositaria de un carisma que debe fecundar toda la Iglesia y proyectarse en el mundo.

No tendría sentido un carisma, cualquier carisma, pero sobre todo el nuestro, que tiene su icono en Cristo Maestro comunicador, si éste quedara encerrado en el ámbito doméstico.

Todo don recibido debe ser compartido, de lo contrario deja de ser don. De igual modo la experiencia espiritual vivida y compartida en la comunidad, alrededor de la persona de Cristo Maestro y de su Palabra, se convierte en el mensaje para transmitir a los hermanos y a las hermanas, con valor, creatividad y aquel anhelo misionero que impulsa hacia todos, aún allí donde nadie ha llegado. Volverá a la comunidad con una carga totalmente nueva. Porque, en el campo de apostolado, es donde se descubre el rostro de Dios bajo una nueva luz y donde se comprende mejor su Palabra.

1. Cristo al centro

Cristo es la Palabra que la comunidad debe hacer resonar en la Iglesia. Es el centro de toda la comunidad, de sus proyectos, de sus expectativas, de cada iniciativa apostólica. Es la Palabra que la comunidad debe hacer correr por el mundo para hacerle expresar sus riquezas más profundas, dándole una encarnación siempre nueva.

Comunicar a Cristo es la esencia de nuestra misión evangelizadora. La nuestra no es una comunidad para sí misma; es una comunidad para la misión y que en la misión se realiza plenamente, a condición de que Cristo sea el centro de su vida y de su mensaje. “Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador... Cristo anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en ‘lo demás’, que es dado por añadidura” (EN 7-8)

El anuncio del Reino, la proclamación de que en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia, es la base, el centro y al mismo tiempo el culminación del dinamismo de la evangelización y tiene la primacía sobre todo otro anuncio de liberación humana, también necesarias para el crecimiento personal y social, que es asimismo ésa la vocación del hombre (cfr. EN 27-34).

Dirigiéndose a las Hijas de San Pablo, el Primer Maestro dijo: “Su misión es la de evangelizar a los pobres: vayan y prediquen según su condición, según lo que puede hacer la mujer. Lleven el Evangelio, especialmente a las masas, a los pobres de sabiduría celeste” (ES, sept. 1953).

La comunidad paulina se hace transparencia total del mensaje de Cristo, que se debe llevar a los hombres de cada tiempo, valorizando todas las características de su feminidad; usa todos los medios, entra en todos los sistemas de comunicación. De esta manera comunica también el modo de habitar el mundo de los medios y el del Evangelio en simbiosis total y totalizante.

2. La solidaridad con el pueblo de Dios

La comunidad se ubica en un territorio particular, en una Iglesia local y se hace compañera de una porción del pueblo de Dios, con su cultura, sus aspiraciones, sus necesidades y sus proyectos. En ese espacio histórico debe hacerse signo comunicante de la Palabra de salvación, haciéndose voz de cada criatura.

La convivencia física y espiritual con esa porción de Iglesia, deberá traducirse en opciones apostólicas concretas.

La comunidad deberá interrogarse: ¿cómo expresar hoy la Palabra de Dios en este contexto particular? ¿Con qué lenguaje? ¿a quién priorizar?

No es una elección fácil. Si bien no debe faltar la confianza en nuestro carisma específico, la conciencia de nuestra pobreza y falta de adecuación deberán renovar en la comunidad el espíritu del Pacto, que es abandono filial en Dios: “Desde aquí quiero iluminar”; pero es también un serio compromiso de estudio, de confrontación, de búsqueda, de evaluación, para poder encarnar el don de Dios en las diversas situaciones humanas. Esto exige ser realmente solidarias con el pueblo de Dios y actuar constantemente el proceso de enculturación de las personas y de la comunidad, para poder realizar una aculturación más eficaz, que tenga en cuenta las exigencias y los nuevos valores que van surgiendo y de los nuevos desafíos. Estas requieren una continua conversión y una fidelidad renovada, dinámica e innovadora, para entrar en comunicación con todos.

Sólo así será posible discernir los signos de los tiempos y aceptar la provocación evangélica de las situaciones nuevas y se tendrá la necesaria habilidad, , prontitud en inventar nuevas, ingeniosas y valientes experiencias apostólicas (cf. EN 19).

3. Para un anuncio total del Evangelio

La misión evangelizadora que se nos ha confiado exige fidelidad y continua renovación a pesar de la edad que avanza: fidelidad a Dios ante todo, pero también a nosotras mismas, al hombre y a la mujer a los que estamos enviadas. Las tres fidelidades no son, de hecho, sino tres aspectos de la misma fidelidad a la Palabra.

La fidelidad a Dios exige a la comunidad el compromiso, nunca terminado, de profundizar la Palabra y el modo de calarla y encamarla en su integralidad, sin alteraciones, en los distintos contextos; hacerse capaz de esa síntesis vital en Cristo Maestro, indicada por Pablo en Gálatas 2,20, y que el fundador ha hecho propia y transmitido a sus hijos, como herencia y fundamento de nuestro espíritu y manantial inagotable de apostolado. “Antes tenerlo y después darlo; antes vivirlo y después llevarlo al mundo, como ha hecho san Pablo, quien antes ha podido decir: ‘Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí’ y por tanto, ‘me he hecho todo a todos’” (Pr. VV 230).

La fidelidad a nosotras mismas es aceptación de sí y conversión continua, maduración progresiva; es fidelidad a nuestro ser mujeres con nuestro don específico, la capacidad de intuir, de comprender, que debe cambiarse en indicaciones precisas, en opciones proféticas, para abrir caminos, especialmente a las mujeres, para responder a los interrogantes, a las necesidades, a los sufrimientos y a las aspiraciones de todos. Por consiguiente, mujeres ricas de capacidad de escucha profunda, para leer los signos de los tiempos, llenas de creatividad, de valor, plenamente mujeres en nuestro carisma de comunicación.

La fidelidad al hombre exige a la comunidad el estar profundamente radicadas en la vida social y cultural y de experimentar la compañía de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, participando intensamente a sus aspiraciones, respondiendo y suscitando nuevos interrogantes de sentido de la vida y de la muerte.

La comunidad paulina se hace eco, signo y presencia, comunicación total del Evangelio en cada situación, en los ritmos de la historia que camina, de la humanidad que cambia, para sembrar en ella la fuerza liberadora y gozosa de la Palabra que salva, para dar voz a cada persona, para presentarse crítica contra toda forma de idolatría, de negación o alteración de la verdad, de degradación de la libertad y de la dignidad humana.

Experta en comunión

La comunidad paulina se siente deudora del Evangelio a todos. Vive comunitariamente la misión, participando, cada una por su parte y con su don y servicio, en cualquier oficio y en todo tiempo de la vida, al apostolado de todas, así como Cristo mismo vive su amor por el Padre, cumpliendo con él, la obra que éste le ha confiado.

La comunión en la comunidad se convierte en fuerza impelente y en eficacia apostólica para cada miembro de la comunidad; irradia y dilata la comunión en una dimensión católica que se extiende a todos.

La comunidad paulina se hace comunidad abierta, para compartir su don en la Iglesia, el carisma de comunicación que no le pertenece, sino para participarlo a una comunidad más grande.

El designio del Padre, que “todos sean uno” se convierte también en la misión de la comunidad, del grupo apostólico en el cual cada una está llamada a hacerse experta en comunión y portadora de la espiritualidad paulina, que es también espiritualidad comunitaria, la que pareciera ser la espiritualidad del futuro.

4. Plenas de alegría y de Espíritu Santo

Testigos de la alegría

La alegría es una virtud profundamente cristiana, y debe ser la actitud constante de quien es llamado a ser mensajero de la alegre noticia.

En la serenidad de la vida de cada día, en los tiempos de fiesta y de fraterna alegría, en la común satisfacción por los frutos del apostolado y en la oración, en la gratitud hacia Dios y entre nosotras, la comunidad comparte la alegría de estar juntas.

Se crea así ese clima de acogida festiva y cordial que manifiesta, a quien entra en nuestras casas o en nuestros centros de apostolado, la presencia del Señor.

La comunidad tiene ciertamente sus ritmos, sus momentos de crecimiento y de éxtasis, de unión y de conflictos. Por consiguiente, pasa por luces y sombras, momentos de dificultad y de alegría. Viviendo en el mundo, sin ser del mundo, asume sobre sí las instancias, los sufrimientos, las tribulaciones, las desilusiones y las esperanzas del hombre de su tiempo. Pero como comunidad que tiene su fuente en Dios, está llamada a asumir todas estas realidades y a transformarlas en docilidad al Espíritu, a vivirlas en la serenidad y en la paz, para hacerse icono de la Trinidad, de la vida de comunión y de amistad, propias de las tres divinas Personas.

La comunidad como amistad

“La vida religiosa es una amistad”, dijo el mismo Juan Pablo II (31.5.1980). Una amistad con Dios y una amistad fraterna.

En toda amistad, en cada encuentro profundo entre personas, existe una experiencia inconfundible como en la experiencia del encuentro con Dios.

La amistad es la más noble y enriquecedora experiencia humana y cristiana. Amistad es la reciprocidad de amor entre Dios y la persona consagrada.

La amistad es el clima, la experiencia hacia la cual tender en la comunidad.

La comunión de amistad es signo de plenitud y de madurez, y se traduce en fraternidad, en recíproco estímulo, en compromiso de fidelidad a la propia vocación, una fidelidad cada vez más exigente y comprometida. Nos hace sentir amigas entre nosotras y con los demás, y es fuente de alegría intensa y difusiva.

En la amistad florece la gratitud, la acción de gracias por cada don recibido, la nostalgia de un Amor sin fin que no puede ser sino el de Dios.

La amistad es necesariamente comunicación, comunión del espíritu y del corazón.

“Es como un lirio en un campo de trigo” (D. Bonhoeffer).

Es la poesía de la vida, pero también una fuerza impelente, como para María de Magdala y para las otras mujeres en la mañana de Pascua.

La comunidad paulina, comunidad de mujeres aferradas por Cristo, como Pablo, testimonio con la vida y la Palabra el amor-amistad de Dios que la impulsa hacia todos.

Es comunidad gozosa, abierta a la acción del Espíritu que cada día la renueva, la colma de alegría espiritual y la impulsa hacia delante, hacia nuevas metas, la hace capaz no sólo de anunciar con todas las tecnologías de la comunicación, sino de ser transparencia del mensaje que lleva, anuncio total, signo y fermento de la nueva humanidad inaugurada por Cristo.

Indicaciones para la profundización

Constituciones HSP y Fuentes, art. 4-10, 12 -19, 58-77, 95

Abundantes Divitiae, nn. 1-5, 13-16, 20, 24, 33-35, 65, 70, 87,156, 158, 209

Communio et progressio, 1971

Evangelii nuntiandi, 1975

Aetatis novae, 1992

Redemptoris missio, 1991

Mulieris dignitatem, 1988

Vita Consecrata, 1996

Novo Millennio ineunte,2001

Caminar desde Cristo, 2002

Deus Caritas est, 2005

G. Alberione, *Appunti di teologia pastorale*, S. Paolo 2002

A. Cencini, *Vocazioni, dalla nostalgia alla profezia*, Bologna1989

C. M. Martini, *Effata, apriti*, Milán 1990

C. M. Martini, *Il lembo del mantello*, Milán 1991

G. Ghidelli, *Comunicare*, Milán 1991

Evangelizzazione e testimonianza della carità, CEI, 1991

G. Gandolfo, *Il senso di 'Venite ad me omnes'*, Encuentro internacional sobre el carisma, 1991

A. Recalcati, *Il volto della comunità paolina*, I.I.C., 1991

B. Secondin, *Stile di vita consacrata apostolica in prospettiva di futuro*, I. I. C. 1991

A. Recalcati, *Dimensione teologica-ecclesiale della comunità religiosa*, I.I.C. 1991

Saludos de la Redacción de Paoline Online

Para la eliminación de la mailing list envía una e-mail a: sicom@paoline.org